Domingo 21º del Tiempo Ordinario - Ciclo A
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Cuando uno va a Tierra Santa con ánimo cristiano, o sea de peregrino, pero sin ahogar la curiosidad e intereses del viajero, le impresionan humanamente hablando, tanto el extremo sur, el desierto del Neguev, como el norte junto a la frontera actual del Líbano, en este caso se trata de las estribaciones del Monte Hermón.
Sorprendía hasta hace muy poco ver nieve perpetua por las laderas de algunas montañas, pequeños heleros que enharinaban las cumbres. El cambio climático ha borrado tal prodigio, que con seguridad sorprendería al Señor y acompañantes, que llegaban por el camino que sube paralelo al curso del Jordán, desde la baja Galilea, a orillas del lago de Tiberiades, rozando y adornando la ruta finalmente sus graciosas cataratas, que de todo tiene el río.
(Es una ruta interesante, queridos lectores, la he seguido bastantes veces. En mi caso, me he detenido en el llamado hoy "Tel Dan" que Jesús de ninguna lo hubiera hecho, ya que allí se levantaba el Templo rival del de Jerusalén, edificado a la muerte de Salomón. Hoy nosotros, que no dependemos ni de uno ni del otro, hacerlo es una interesante visita, tanto por el conocimiento que nos proporciona respecto a lo que era un templo israelita, influido por las culturas cananea y egipcia, como por el simple gozo de pasearse por un bosque, entre múltiples riachuelos, donde hasta habita fauna autóctona),
Mi propósito, queridos lectores, es situaros imaginativamente en la principal fuente del Jordán, junto a las ruinas de Cesarea de Felipe, también llamada Banias. Un rellano de territorio sagrado, de divinidades pastoriles, dios Pan principalmente, cuyos nichos aún perduran. Al mirar ellos, nuestros héroes, hacia arriba, sentirían que el gran peñasco que se eleva al frente, parecería que iba a aplastarlos. Un gran agujero o hueco, horadaba la montaña, por aquel entonces. En este tenebroso antro brotaba el rio, más tarde la corriente hubo de esconderse, un terremoto obligó a la inquieta lengua de agua cristalina a nacer unos metros más abajo. Malas lenguas decían que en sus entrañas estaban los espacios infernales, etc etc.
Ellos, el Maestro y los Apóstoles, llegarían fatigados, no pensando en otra casa que en estirarse un rato y descansar. Evidentemente, recobrado el aliento, se mirarían satisfechos de la excursión y se enzarzarían en comentarios personales. En la inmensidad de la montaña y entrañablemente reunidos, es cuando a cualquiera se le ocurren confidencias de algo que guarda en un rincón de su interior. El Señor no era una excepción, de aquí que ahora va y les sorprenda preguntándoles sobre una cuestión que hacía tiempo le preocupaba. ¿Qué piensan los demás de Él? Le harían gracia las respuestas y continua intrigado ¿qué piensan ellos de él? Vosotros

queridos lectores no os extrañaran tales preguntas. Cualquier enamorado las hace a quien ama con locura. Vuelvo a repetirlo, el Maestro se dirige a los presentes intrigado, ¿Qué o quien decís vosotros que soy yo?
En estas situaciones de aislamiento y buena compañía las respuestas no pueden ser engaño, son sinceras e inocentes. Ahora bien ¿Quién será capaz de contestar? ¿Quién podré responder? Se mirarían el uno a otro intrigados. Mentir de ninguna manera, por descontado, hacerlo nadie sabe. ¡anda ya, que Maestro hace unas preguntas de campeonato!
Si al Señor le harían gracia las primeras respuestas, espera impaciente qué iban a decirle ahora. Nadie se atreve. De repente escuchan sorprendidos lo que el más viejo y por cierto no el más erudito, responde: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. ¿De donde lo ha sacado eso este? pensarían. Pero el Maestro no se extraña y le dice pensativo: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: tú eres Roca (Cefas en arameo, petron o algo así en griego, Pedro, mal traducido al román paladino) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo…" y resulta que el Maestro satisfecho lo acepta de tal manera que al tal Simón hijo de Juan le ha cambiado el nombre hoy y tan campante, será de ahora en adelante peñasco, como aquella gran mole, pero en espiritual realidad. Tan fuerte será, que servirá de cimiento de su proyecto, de la Iglesia que tiene en la mente desde el inicio de la tarea que el Padre le encomendó. Tan importante será que las profundidades, al decirlo mirará a la gran caverna, no podrán apropiarse de esta ecclesia.
Los demás pensarían entonces ¿qué le hubiera contestado yo?

Nosotros en cualquier lugar solitario silencioso que invite a la sinceridad con uno mismo, debemos también preguntarnos ¿qué le hubiera contestado yo? ¿qué pienso yo ahora de Él? ¿de qué manera me pienso unido a Él?
No hacen falta más comentarios. Es preciso, eso sí, ser sincero con uno mismo, tanto si uno es joven, como si es adulto o anciano, da lo mismo.
(cuando yo estoy en este santo sitio de Cesarea, la de Felipe, no la del mar, que es otra cosa y tiene otra importancia, también grande, me ha gustado siempre sentarme en cuclillas y preguntarme **¿Quién eres Tú para mi?) esto es lo importante, que nos interroguemos radicalmente, para corregir nuestro rumbo personal.**
(os advierto, queridos lectores, que este sitio, por el que siento tanto aprecio, hoy está también ocupado por un extenso aparcamiento, una piscina, una cafetería, una tienda… y hay que pagar el correspondiente

tiquet para entrar. Aun así, vale la pena hacerlo, os lo aseguro. Pero también estoy convencido de que no lejos de vuestro domicilio también encontrareis un espacio muy apto para tales reflexiones y eso es aun mucho más importante)

TEXTOS

del libro de Isaías (22,19-23):

Así dice el Señor a Sobná, mayordomo de palacio: «Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo. Aquel día, llamaré a mi siervo, a Eliacín, hijo de Elcías: le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes; será padre para los habitantes de Jerusalén, para el pueblo de Judá. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David: lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá. Lo hincaré como un clavo en sitio firme, dará un trono glorioso a la casa paterna.»

de la carta de San Pablo a los Romanos (11,33-36):

¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento, el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dado primero, para que él le devuelva? Él es el origen, guía y meta del universo. A él la gloria por los siglos. Amén.

del evangelio según san Mateo (16,13-20):

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»
Ellos contestaron: «Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.»
Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»
Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.»
Jesús le respondió: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el

cielo.»

Y les mandó a los discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías.